



CORREO CONCENTRADO

El Castellano

CORREO CONCENTRADO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción y venta.

Toledo: D. Elías Galán, Comercio, 92

Anuncios económicos.

Se publica martes y sábados.

Redacción y Administración: Lechuga, 13.—Teléfono 12

Precio de suscripción.

Un año..... 5,00 pesetas

Número suelto..... 0,10

Pago adelantado.

CENTENARIO

D. Antolín Monescillo y Viso,

Cardenal de la Santa Iglesia Romana, Arzobispo Primado de España, nació en 2 de Septiembre de 1811, en Corral de Calatrava, pueblo de la provincia de Ciudad Real, diócesis, entonces, de Toledo. Al cumplirse el primer centenario de su nacimiento, rogamos á nuestros lectores que dirijan á Dios una fervorosa plegaria en sufragio de su alma.

Yacen sus huesos humillados en la Capilla de Nuestra Señora del Sagrado de la Catedral Primada, y su alma ha sido juzgada por Dios, en cuyo tribunal santísimo el hombre es todo lo que es, ni más ni menos. Por eso ante el fallo inescrutable del juicio divino, el pensamiento cristiano se inclina á la infinita misericordia pidiendo con humilde súplica, por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, que si el espíritu de aquel gran hombre no ha alcanzado todavía la posesión perdurable de la visión beatífica, le lleve pronto á disfrutar de sus gozos inefables.

Y por eso no son hoy objeto de nuestro recuerdo ni el escritor fecundo y espontáneo, ni el hábil polemista, ni el teólogo profundo, ni siquiera el Prelado virtuoso cuyos honrosos títulos mereció de sus contemporáneos, y cuyos calificativos, la posteridad habrá de confirmar seguramente.

Porque los varones eminentes que han recibido de Dios esa rara y excelente disposición para sobresalir en tantas disciplinas; los *hombres* que en las sendas de la vida han dejado impresas las huellas de sus gigantes pasos; que han iluminado la conciencia humana con la luz vivísima de sus ideas; que han rofenado el seco campo de los corazones con las cristalinas aguas del bien, brotado como de fuentes inagotables de una bondad en ello ingénita; los que en los acontecimientos más difíciles y revueltos han podido mantenerse firmes, resistiendo sin vacilaciones el oleaje impetuoso de las pasiones desbordadas; esos hombres dotados de aptitudes excepcionales, de iniciativas felices, de vista penetrante, de sentimiento delicado, á los que llama genios la costumbre; esos, no mueren aunque la abierta negra boca de la fosa encierre y devore sus venerados despojos. No; continúan viviendo en sus obras imperecedoras; siguen, maestros inmortales, ilustrando la inteligencia de incontables discípulos; concurren al esclarecimiento de muchas verdades, á la solución de nuevos problemas, con las luces esparcidas en los que fueron antes por ellos iluminados.

A esta clase de contados hombres perteneció el egregio Cardenal Monescillo, y basta para convencerse, traer por un instante al pensamiento la consideración de una circunstancia, que con tal frecuencia se repite en los varones extraordinarios, que parece condición precisa para la revelación de su grandeza. Diríase que la divina Providencia, al concederles con mano pródigo y en amplitud desusada el tesoro con que se digna enriquecerlos, para que reluzca el brillo de esos talentos, como para que no permanezcan ocultos, los cerca de obstáculos, y pone sobre ellos el peso enorme de grandes dificultades. Eso que confía, á los enriquecidos con sus dones, la labor de avalorarlos con su esfuerzo, de superar con

sus nativas facultades esos impedimentos, para que su brillo sea más intenso y se acreciente su mérito.

Don de Dios fueron las dotes privilegiadas de nuestro ilustre Purpurado, y providencial designio el que apareciera en tiempos en que el mérito personal se desligaba de la solidaridad á que venía unido en otras edades. No puede negarse, al menos, que el ser hijo del pueblo no sería obstáculo á su encumbramiento, cuando la sociedad en que vivía, cortando el hilo que la enlazaba con la soberanía de Dios, ponía la corona en la cabeza y el cetro en las manos del pueblo que sigue llamándose soberano.

Pero en cambio, al negarle un nacimiento ilustre, le priva de ese ambiente que se respira en la infancia, en cuya edad, el recuerdo de los gloriosos hechos verificados por los abuelos, estimula las energías del espíritu para imitarlos. Le priva de la fortuna que suele acompañar y heredarse de los progenitores ilustres. Le priva de los medios adecuados al provechoso desenvolvimiento de sus poderosas facultades, quizá entorpecidas por hábitos nada conducentes á su perfección y progreso.

Podía tener, y de hecho tenía, su palabra, la espontaneidad del canto del ave; pero del ave condenada á dar al aire sus armoniosos acentos en solitario campo. Podía, por el templo de su espíritu, ser un héroe, pero encerrado como en oscura cárcel, en la oscuridad de su pequeña aldea. Podía penetrar como un vidente en los abismos insosdables de lo futuro, pero su clara é intensa vista se detenía forzosamente en el horizonte de la comarca, limitado por las cordilleras de sus montañas. Podía ser, en fin, como valiosísima piedra preciosa, pero envuelta en la arcilla del yacimiento, sin facetas pulimentadas, sin el brillo necesario para ser engastada y ofrecer al mundo sus luces.

Dios que hace estas cosas que no puede explicar el hombre, porque no las comprende, le llamó un día, y el joven manchego respondió á su llamamiento: le ordenó salir de su casa, dejar la familia, abandonar los amigos, olvidar hasta el lenguaje con que expresaba sus ideas, *sermo plebeus*, y cumpliendo el divino mandato, se trasladó á Toledo; luego, para apreciar la potencia de sus alas, le obligó á dar los primeros vuelos, y se mantuvo sereno, sin asomo de desvanecimiento, en el espacio; después.... volando como las águilas, subió hasta dominar las altas cimas de la jerarquía eclesiástica, y volando cruzó rápidamente los dilatados espacios del saber, dejando su vuelo en ellos una estela de luz, que no se ha extinguido todavía y aviva, en recuerdos inmortales, la memoria de sus científicas conquistas.

Las auras invisibles y ligeras no han podido conservar las notas simpáticas de su elocuente palabra, ni siquiera vagas reminiscencias de sus conmovedoras oraciones sagradas; pero guardan los archivos sus hermosas cartas pastorales y sus notables artículos teológicos que se cuentan por cientos; guardan sus profundos pensamientos ó frases sentenciosas que de mil pasan, y en las cuales, sobre todo en algunas, se sintetiza la materia de un discurso y aun de un libro: se conserva su piadoso comentario á la imitación de Cristo, y tantos otros trabajos valiosísimos que sería cansado enumerar y que demuestran su incansable constancia y su extraordinaria facilidad

para navegar por el piélago de las ciencias cristianas.

Quien posea la extensa colección de todas las producciones que durante sesenta años ocuparon la actividad de este hombre extraordinario, tiene, á no dudarlo, un rico tesoro de verdades especulativas y prácticas. Si pudieran agregarse, siquiera condensadas, las luminosas ideas que salieron de su cerebro expuestas en la cátedra, en el púlpito, en la conversación íntima y en cuantas ocasiones se ofrecieron de dejar suelta la vena inagotable de su limpia palabra, el tesoro se convertiría en ancho y caudaloso río de importantes y variados conocimientos.

Por eso el nimbo de gloria que rodea su nombre, tardará en extinguirse. Por las relevantes condiciones que le personifican, parece que recibió de Dios la misión ardua de sostener la causa de la Santa Iglesia católica que es la causa de la verdad, de la ciencia y del bien, en su tiempo y en todos los tiempos y respondiendo obediente, la defendió con ardor nunca debilitado, con argumentos de fuerza incontestables y claridad meridiana, con amor filial y entrañable, con la facilidad del genio.

—Pero los genios son inmortales. —Pero mueren los hombres y por lo mismo dirigimos á Dios una oración fervorosa por el ilustre hijo del Corral de Calatrava, que pasó ya los abismos de la tumba, por el alma del gigante que se llamó en vida don Antolín Monescillo y Viso, Arzobispo de Toledo.

R. I. P.

Cancionero de «El Castellano».

Ó Terror dos mares.

Como el conjunto de un mago un día mostró Chicago en soberbia Exposición, con fábricas y palacios lanzados á los espacios cual fantástica visión.

Allí grandes palacios con casas de veinte pisos, allí ingente multitud de artísticos pabellones, fabriles instalaciones y pueblos mil en un día.

Allí está el rey del dinero, allí está el rey del acero, allí está el rey del papel, allí está el rey del petróleo y el del Trust ó monopolio del azúcar y la miel.

Allí entre ruidos salvajes ruedan que en sus estraganzas muelen hierro y pedernal y con artísticos toques moldean enormes bloques de madera y de metal.

Allí el eléctrico alambre hila el algodón y el estambre con pasmosa rapidez, extra jamonas y pieles, sirve la mesa de hoteles, toca cien pianos de vez.

Los Misteres, cual saltimbánquis con sus zapateos yaquis, tiessen cual huso en tropel asaltan autos y trenes, tranvías, puentes, andenes, de aquella inmensa Babel.

El fiero cañón rimbomba y al cielo sube cual tromba el humo en densa espiral de buques y acorazados allí en sus muelles anclados en gran revista: naval.

Allí las flotas inglesas, españolas y francesas, del Brasil y del Japón; allí flotas alemanas con austríacas é italianas; una falta á la función.

Ya en alta mar se divisa un barco; viene de prisa; con almagre y aguarria, pintado en los costillares se lee «Ó Terror dos mares» por la proa y por detrás.

«Será un monstruo horrendo aciago, decían los de Chicago? mas ya de cerca ¡pardiez! está allí una carcajada; era una portuguesa; era un cascarrío de nuez»

S. Liso y Estrada.

Notas políticas.

El Sr. Canalejas, hablando del reconocimiento de la república de Portugal, ha dicho que para hacerlo «espera conocer el criterio de Inglaterra en el reconocimiento para proceder en consonancia».

Un periódico ácrata dice con este motivo que si existe algún convenio entre España é Inglaterra, debe decirse claro; y si no existe, debe saberse ¿por qué España no puede decir que sí, donde Inglaterra diga que no? Y saca la punta preguntando si estamos de hecho aunque no lo estemos de derecho bajo la tutela de Inglaterra.

Canalejas tiene la palabra.

La reunión de Ministros, según manifestación de Canalejas, probablemente no se verificará en San Sebastián, sino en Madrid. Hay quien apunta que sería demasiado duro obligar á un Ministro á hacer un viaje para ser decapitado. Estos juicios no son obstáculos para que Canalejas diga que no habrá crisis.

El Sr. Barroso no da importancia á la muerte de los cuatro españoles muertos por los moros del Tauriart, y añade que lo extraño es que esas cosas no hayan ocurrido antes.

Freusera se llama esta figura, y aunque al Sr. Ministro parezca otra cosa, opinamos que se debe castigar con mano dura y sin tardanza semejante audacia y que siempre son sensibles las pérdidas personales.

Afortunadamente los moros se han ofrecido en gran número á castigar á sus compañeros que, reunidos en gran número, se aprestan á la defensa.

De Melilla han salido para Nador un Batallón del Regimiento de San Fernando, otro de Africa y una batería de montaña.

Frutos de una revolución.

MÉJICO

II

Los pequeños terratenientes vociferan contra las contribuciones que son excesivas y que no pueden soportar, contra la restauración de los caciques que, hambrientos, les roban

lo poco que les deja el Gobierno, resultando peores que los de la administración pasada; contra la ilegalidad y el despotismo de los nuevos directores que, cumpliendo la ley del embudo, medran á costa de la patria; contra la inseguridad de los caminos que les impide exportar las cosechas.

Los ricos gritan desesperadamente que los negocios les arruinan por las huelgas, que el capital perece por falta de protección, que es necesario reprimir á los demagogos, que con sus doctrinas soliviantan al pueblo, impulsando al jornalero á las huelgas revolucionarias, ya que el Gobierno con su debilidad arruina al rico sin levantar al pobre, llevando la nación á la anarquía.

En fin, que todos piden y claman, cada uno desde su punto de vista, que se haga pronto y con energía, un cambio de programa en el Gobierno.

En realidad la situación es insostenible. El Gabinete, si quiere que la nación viva y prospere, tiene que desecharse las exageraciones y radicalismos de la revolución, aprovechando lo bueno que ha traído; la desaparición de las fuerzas maderistas, aún rebeldes, se impone á costa de toda clase de sacrificios: hay que dar satisfacción á la verdadera conciencia nacional. Si esto no se hace pronto, el pesimismo cundirá, este pesimismo que hace ya no saber dónde volver la vista, porque la verdad es que se va perdiendo la fe y las esperanzas, lo mismo en Madero, que en Reyes, que en De La Barra.

En medio de esta incertidumbre, nos seguimos preparando para la elección de Presidente de la República, cuestión que va apasionando más los ánimos cada día, por la entrada en la lista de nuevos candidatos. Antes se tenía como indiscutible que Madero sería el Presidente; ahora queda el Vicepresidente; y Vázquez Gómez el Vicepresidente; y ahora viene la noticia de que el papel Madero baja de una manera espantosa, porque su desprestigio cunde por todas las capas sociales, ya no se le mira como un sol naciente, sino como un sol en el ocaso. En esto hay algo de exageración, porque actualmente Madero cuenta con el partido más numeroso y si se hiciera ahora la elección, el triunfo sería suyo indiscutible, pero los comicios no se abren hasta Octubre y si en dos meses ha perdido tanto el prestigio del General, ¿qué no podrá ocurrir en los dos que faltan? En Septiembre se reunirán los demás partidos y lanzarán á la publicidad sus candidatos. El candidato Reyes será uno de los más formidables enemigos electorales del caudillo de la revolución.

A todo esto surge otro problema de no muy fácil solución, es la lucha de razas. Conoció el pequeño número de blancos de la República, comparados con los indios y gente de color, apenas si llegarán á la cuarta parte. A pesar de esta minoría, los blancos tienen el poder, el mando y los negocios y las riquezas del país, su talento y laboriosidad, les dio el primer puesto en el festín social.

Pero ahora los indios, soliviantados por la propaganda socialista, comienzan á levantarse pidiendo tierras y riquezas y recordando que de antiguo tenían pedido que los hacendados les repartieran sus tierras.

Y á tal punto llega su inquina contra los blancos, que su propósito es no darlos puesto alguno en la dirección de los negocios del Estado; mas como esto les es imposible, y no lo pueden lograr, el odio de raza se va reconcentrando y avivando con las predicaciones disolventes y se tem